371 Su triunfo, y por do quier el eco suena;
372 Ni hay lengua que no entienda y aperciba
373 Su voz, que el orbe llena,
374 Su voz, que siempre asciende en llama viva.
375 Por los desiertos de la Libia ardiente,
376 Por los pueblos flecheros,
377 Del Septentrión al Sur, de Ocaso á Oriente,
378 De Jehová mensajeros
379 Corren, vuelan, enseñan, iluminan;
380 El sacerdote, el mago, el ignorante,
381 El filósofo, el príncipe arrogante,
382 Oyen, aprenden, arden, vaticinan.
383 De las virtudes el virgíneo coro
384 Ante ellos va risueño y presuroso,
385 Y un siglo nacer hace venturoso,
386 Aun más que aquel feliz mentido de oro.
387 El rubor encendido,
388 La sencillez amable
389 Y la fe conyugal en lazo unido
390 Se ven, que la concordia unió hermanable.
391 He al séquito triunfal y formidable
392 Entrar en Roma altiva y opulenta;
393 He al espíritu Dios, que el domicilio
394 Fija en ella y la da perenne auxilio;
395 Ya cayeron sus vates;
396 Descendieron al orco sus Penates;
397 Y, poniendo la planta acá en el suelo,
398 Alza la religión su frente al cielo.

La conclusión del poema está bien, es decir, conforme á la narración bíblica y al espíritu filosófico del arte, el cual exige, según lo indicamos ya, que el desenlace sea *el resultado de la fuerza misma de las cosas;* y en efecto, el triunfo de la religión quedó resuelto por Dios desde que pecó el primer hombre.

La retirada de Satán se halla descrita con un laconismo conveniente (versos 345 y siguientes): ya hemos observado que esta clase de acontecimientos quedan mejor expresados con pocas palabras.

El verso 368 es anfibológico, porque el nominativo nacio-

nes está muy lejos (v. 360), y parece que las hostias (367) son las que entonan cánticos.

Es agradable la pintura de las virtudes (versos 383 y siguientes), que están calificadas con adjetivos propios.

Considerando ahora, en su conjunto, el poema de Ortega, resulta lo siguiente.

El defecto principal que se encuentra en el plan, es lo desproporcionado del primer discurso de Satanás. También es defectuoso lo mucho que el autor se ocupa en este personaje, siendo secundario, porque llama hacia él la atención, apartándola de los apóstoles, verdaderos héroes del poema, cuyo carácter y acciones son las que debían resaltar. Se notan también en el curso de la composición algunos pensamientos falsos, y varias faltas (aunque pocas), contra la gramática y el arte métrica. Las figuras impropias y los calificativos que se hallan en el mismo caso son raros, y más todavía, las locuciones prosaicas y los consonantes forzados.

Por lo demás, el poema de Ortega tiene estas buenas cualidades.

El asunto que escogió es nuevo en la epopeya cristiana, y cumple con las condiciones de grandioso, importante y uno.

El plan se desarrolla con regularidad é interés, conforme á las reglas del arte, guardando el autor la debida fidelidad á la narración bíblica y á las creencias teológicas; la introducción es clara y de una concisión conveniente; el nudo tiene el interés elevado que en los demás poemas religiosos, es decir, el de la lucha entre el bien y el mal; el desenlace participa de las circunstancias, que piden la filosofía del arte por un lado, y por otra la generalidad de los preceptistas, á saber: que el término de la acción sea un efecto de *la necesidad*, y *feliz*. Esta circunstancia se funda en que siendo la admiración el principal sentimiento que debe inspirar la epopeya, faltaría si el héroe tuviese un fin desgraciado.

Aunque con brevedad, está bien delineado el carácter de los apóstoles. El de San Pablo se halla mejor determinado,

y más todavía el de Satanás, para cuya descripción el poeta mexicano se ayudó del *Paraíso Perdido* de Milton.

Dos episodios oportunos, breves y brillantes, tiene el poemita, que son: el triunfo de San Esteban y la conversión de San Pablo.

Las ficciones poéticas de que se vale Ortega para dar realce á su narración, se hallan autorizadas con el ejemplo de los mejores poetas cristianos: el Dante, Tasso, Milton y Klopstock.

Hay en el poema que examinamos cuadros bien coloridos, y algunos rasgos vivos y animados, repartidos convenientemente.

Los pensamientos son generalmente verdaderos, y algunos felices.

El lenguaje es castizo, y el estilo casi siempre claro, elevado y digno.

Se nota oportunidad, belleza y moderación en los adornos y figuras, así como pocas licencias gramaticales y poéticas.

La versificación es por lo común armoniosa, fácil y ajustada á las reglas prosódicas. Generalmente en los poemas castellanos se emplea la octava real; pero algunos recomiendan la silva, por más flexible y variada para los poemas cortos como el que nos ocupa.

Atendiendo, pues, á las buenas cualidades que adornan el poema de Ortega, y á la gran dificultad que presenta ese género de composiciones, no es exagerado decir que el trabajo del autor mexicano puede considerarse como de segundo orden, categoría nada despreciable, tratándose de poemas épicos. Cuáles son las dificultades del género no nos detendremos en enunciarlas, porque son muy conocidas; pero sí recordaremos, en comprobación, que aun los poemas de primer orden (refiriéndonos á los religiosos), tienen defectos notables, como los que se han señalado á la *Divina Comedia*, al *Paraíso Perdido* y á la *Mesiada*. En castellano no hay un solo poema verdaderamente bueno, y el mejor respectivamente es acaso la *Cristiada* del padre Ojeda, perteneciente, como el de Orte-

ga, al género religioso. Sin embargo, á esta composición se le encuentra poca entonación; lenguaje en ocasiones prosaico; debilidad en algunos caracteres; falta de unión en ciertas ideas y situaciones.

Supuesto todo lo dicho, se ve que no careció de fundamento la asociación literaria del Dr. Montaño (de que hemos hablado), para premiar el poema de D. Francisco Ortega.

***

La mayoría de los lectores de nuestra época se ha acostumbrado á las exageraciones del falso romanticismo: escenas terribles, espectáculos sangrientos, pasiones delirantes, catástrofes lastimosas. Al lado de cuadros semejantes, es natural que todo lo normado en alguna manera por la calma de la razón, parezca frío, pálido y monótono, porque el gusto en literatura, se gasta como el paladar del bebedor consuetudinario, que necesita cada día licores más fuertes para sentir alguna impresión. Por este motivo no extrañamos que las poesías de Ortega se consideren generalmente frías y faltas de sentimiento, aunque ya hemos visto que tal juicio no es exacto. Ortega no expresa el frenesí de la pasión ni el delirio del entusiasmo; pero no es insensible, ni deja de elevarse convenientemente cuando es menester. Sin embargo, juzgando en conjunto las composiciones de Ortega, se observa que el tono dominante en ellas es el *templado*, y con esta palabra está caracterizado nuestro escritor. No será, pues, el ave que se remonta sobre las nubes, pero tampoco sería justo llamarle como se ha llamado á algún poeta: "ave rastrera que no parece volar sino dar saltos." Y como ni lo bueno ni lo malo absoluto se encuentra en las obras humanas, porque en el hombre todo es relativo, resulta que cada escuela, cada estilo, cada escritor, tienen más ó menos sus ventajas y sus inconvenientes. El poeta que se eleva en alas del entusiasmo y se enardece con el fuego de la pasión, suele cegarse completamente, atropellar las leyes de la razón y las reglas del buen gusto, incurriendo

en todos los defectos consiguientes, defectos de que están libres los escritores del carácter de Ortega. En éste no se encuentran delirios extravagantes, desacuerdo de ideas, sentimientos vagos, frases altisonantes ú obscuras, ni irregularidad sistemática. Ortega es de aquellos hombres que no dejan de sentir ni expresar las pasiones; pero que las dominan y gobiernan, practicando lo que decía el bardo inglés (Pope):

Sobre el Océano de la vida vamos
Siempre agitados: la razón nos sirve
De Norte, y las pasiones son los vientos.
Sin esa, no salvamos los escollos;
Sin éstas, en quietud nos consumimos,
Y es un lago mortífero la vida.

Pero así como es fácil á un escritor entusiasta incurrir en los defectos indicados, lo es para un hombre moderado descender al prosaísmo. Sin embargo, Ortega pocas veces tiene ese defecto, y generalmente conserva el tono medio, tanto en el fondo como en la forma de sus composiciones.

Por lo demás, no puede negarse que Ortega cometió algunas faltas gramaticales ó poéticas; pero también se nota que raramente, y lo común en él, es un lenguaje castizo y aun á veces bien escogido; una versificación fluida, armoniosa y en ocasiones trabada con arte.

Ochoa, como lo dijimos en el lugar respectivo, marca en México un paso de adelantamiento en locución y versificación; pero Ortega le aventaja en ambos puntos: tratándose de prosodia, Ortega no sólo estudió la de Sicilia, como Ochoa, sino que, según lo hemos dicho, la compendió y puso en verso. Respecto á pureza de lenguaje, vimos que en Ochoa suele haber provincialismos, galicismos y palabras indígenas no admitidas aún; pero nada de esto hemos encontrado en Ortega, y si en tales defectos incurrió, á nosotros se nos ha escapado advertirlos, exceptuando la voz *rango* ó alguna otra de uso común.

Por último, y para concluir de caracterizar á Ortega en po-

cas palabras, notaremos que los sentimientos dominantes en sus composiciones son el religioso y el patriótico.

Ortega perteneció á una época en que todavía no dominaba en nuestro país la incredulidad religiosa, y la fe de nuestro autor era tan pura y sencilla, que no sólo admitía los dogmas esenciales del catolicismo, sino que le vemos dirigirse con piadoso fervor á la Virgen de los Remedios, advocación fundada en una de esas tradiciones populares y poéticas de los países creyentes.

Ortega vió el desgraciado desenlace de nuestra guerra con los norte-americanos; pero sus composiciones patrióticas fueron escritas antes de esa época de desengaño respecto á nuestro poder político, cuando todavía no pasaba la mitad del territorio mexicano á manos extrañas; cuando todavía los odios no producían en nuestro suelo rencores innobles y funestos; cuando aún no se violentaban al extremo las costumbres y los antecedentes de los mexicanos con instituciones inadecuadas. En nosotros los hombres de hoy, hijos de la incredulidad; en nosotros, víctimas de las utopias sociales y políticas la lectura de Ortega despierta necesariamente

Aquel recuerdo triste
De lo que fué y no existe.